

UN SUCESO INESPERADO

MAGALY

Estoy a punto de llegar a mi casa, alcanzo a ver que no está la Caribe de mi hijo Manuel. La calle tiene poca luz, no se observa gente afuera de sus casas, hace calor y es temprano. Tampoco veo gente transitando por la calle. De pronto, me encuentro tocando a la puerta de una vecina, llorando sin consuelo. Ella me pregunta por qué tengo sangre en la frente y qué fue lo que me pasó. Le contesto que me caí, sólo siento una pequeña molestia en mi ojo derecho. Sigo llorando. Ella trata de tranquilizarme con palabras de aliento. Me calmo un poco, me despido y le doy las gracias.

No quiero llegar a mi casa. Voy con otra vecina, pues me siento demasiado intranquila. Me empieza a doler todo, siento como quemado el rostro y el cuello; estoy muy aturdida y con un dolor intenso en la cabeza. Abre la puerta mi vecina y me ve con los ojos muy abiertos, muy sorprendida ante mi aspecto.

—¿La golpearon? —me pregunta—. ¿Quién fue? ¡Mire cómo la dejaron! Trae la cara y el cuello con unos arañones tremendos, también su ojo derecho se ve como que le dieron un puñetazo —sigue diciendo muy espantada—. ¡Mire cuántos golpes trae! También trae navajazos, uno en su costado izquierdo, uno en su brazo y uno en su rodilla, en ambas muñecas trae marcas, como de que alguien la detuvo para que otra persona la golpeará. ¿Pues qué querían matarla?

Ella no sabe qué hacer, me da un poco de agua y me pone pomada de árnica en los golpes. Sólo murmuro:

—Es que me caí, pues no sentí que me pegara nadie. No escuché pasos ni ruidos, ni vi a nadie que se me acercara.

Trato de recordar si me caí o no. Todo me duele y mi cabeza casi me estalla. Me duelen mucho los brazos, como si alguien con mucha fuerza, coraje y maldad me hubiera sostenido para que me golpearan con salvajismo; puñetazos, batazos, navajazos y patadas.

Mi vecina pregunta quién está en mi casa para que me lleve al ISSSTE. Le digo que no sé, que no he llegado aún. Me voy a casa, ahí se encuentra uno de mis hijos y le digo tímidamente:

—¿Me llevas al doctor?

Sin voltear a verme me pregunta:

—¿Se siente mal?

—Me pegaron —le contesto.

Se levanta del sillón donde duerme y me dice:

—Pues por qué no se fija y tiene cuidado. ¿Quién fue?

—No sé, no vi a nadie.

—Lo que pasa es que no quiere decir. Bueno, súbase al carro para volver pronto, porque voy a trabajar temprano.

Enojado, murmura no sé qué cosas. No le hago caso, pues me siento muy mal física y moralmente. Llegamos al ISSSTE a las doce de la noche. Me pasa el doctor, me pregunta y anota en una hoja sin voltear a verme, mucho menos me examina. Soy yo la que le digo que traigo muchos golpes y arañazos, le muestro mi pierna izquierda, me ve y me dice que es un batazo, está muy marcado y comenta que los golpes de la cabeza también son de bate. Al decirme todo eso, me da un miedo espantoso y me pregunto: ¿pues quién me odia tanto? Yo no hago mal a nadie.

El doctor me manda a rayos X para que me saquen radiografías. Las revisa y dice que no hay fracturas, que son sólo los golpes. Me receta paracetamol y diclofenaco. Me pregunta en

qué trabajo. Le digo que de enfermera. Me dice que me presente a trabajar, que estoy en condiciones de hacerlo. Le pregunto que si me va a incapacitar, que me da pena presentarme así; él dice que no es necesario.

Con tanto dolor, susto e inquietud, amanece, y como puedo, me levanto y me baño toda adolorida y atontada. Al despertar, no puedo abrir mi ojo derecho, lo siento pesado. Está muy inflamado. Me veo al espejo y tengo un gran hematoma. El ojo está a punto de reventar. Estoy toda desfigurada, pues los rasguños de mi rostro y cuello están cicatrizando y se pusieron color café oscuro y me jalan la piel. Me espanto mucho al verme, me siento muy mal en todos los aspectos y experimento una enorme impotencia, frustración, humillación, incredulidad y un gran pesar al verme así, tan destruida. Me pongo a llorar desesperadamente. Me pregunto quién y por qué me golpearon tanto.

Estoy en casa de mi hijo el mayor, estoy refugiada aquí, pues me da mucho miedo ir a mi casa. Le hablo a mi hijo Roberto Carlos y le digo que le hable a mi hermana Dorita, que la necesito a mi lado (la quiero como si fuera mi hija). Mi hijo José Luis me lleva al ISSSTE, pues me ve muy mal. Me anotan y me dicen que espere en la sala.

Pasan horas, atienden a los demás pacientes y no a mí. Pregunto mi hijo si ya mero me toca entrar y le dicen que soy la siguiente. Pasan otras tantas horas más y no me llaman. Vuelve a preguntar y le dicen que una gripe que traigo no es de urgencia. Él les dice muy enojado que no se trata de una gripe, que estoy toda golpeada. La enfermera contesta que ya se me consultó en su momento y que el doctor puso en su nota médica que todo estaba bien, que no es nada de cuidado. Mis hijos le dicen que por qué son tan inhumanos y desconsiderados. La recepcionista empieza a decir que debí haber ido con mi médico familiar para que me revisara bien y me diera incapacidad, que sólo he perdido tiempo y que por qué no hago las cosas como se deben.

Le digo que el doctor no me hizo tales indicaciones porque para él no era necesario.

Mi hijo sigue comentando cosas que me hieren. Me dice que ya todo se me olvida, que soy muy distraída. Lloro quedamente con la cabeza baja, pues siento como insulto y humillación sus palabras. Él continúa diciendo que busque quien me cuide para que no ande sola. Él cree que lloro por los golpes físicos, pero es por sus palabras que me duelen mucho más. Por suerte, llega la licenciada Cristina Domínguez con su suegra enferma a urgencias. Ella trabaja en el Sindicato de Trabajadores de la Salud y me manda con la doctora Ahumada, jefa del ISSSTE, quien me atendió muy amablemente, cosa que le agradezco. Además, me dio una incapacidad por dos semanas.

Éste es un episodio más de la violencia que he tenido que enfrentar en mi vida.

Centro de Derechos Humanos de las Mujeres, A.C.
Chihuahua, Chih.